



Retiro de oración – Noviembre 2021

Tema 2. Disponibilidad plena al evangelio

Cuando Jesús toma la decisión de subir a Jerusalén con sus discípulos, va encontrando por el camino a personajes que le plantean todo tipo de situaciones. Algunos de estos personajes, incluso, se plantean seguir el camino con Él: *“Te seguiré a donde vayas”* (Lc 9,57-62), le llegan a decir generosamente. Sin embargo, la respuesta de Jesús pidiendo una incondicionalidad que va más allá de las palabras, manifiesta la urgencia del evangelio y la necesidad de vivir este desde el misterio pascual al que se encamina y al que no todos están preparados a subir. La decisión de seguir al Señor no se toma en un momento de euforia o de felicidad desbordada, pues supone una gran exigencia sin recompensa en muchos momentos. Ciertamente, una disponibilidad plena hace referencia a un constante acto de fe para poder seguir sin ver, perseverar sin saborear las mieles de un éxito engañoso.

Por eso, Jesús tiene que enseñar a los suyos un criterio muy importante: el deseo razonable de que el seguimiento del Señor dé frutos, obtenga éxitos en forma de conversiones y nuevos creyentes puede resultar mentiroso y desviarnos del verdadero anuncio que conlleva de forma incuestionable el misterio de la cruz, verdadero anuncio del Señor y con el Señor. La disponibilidad para el evangelio pasa por desear alcanzar en todo momento el corazón de este: *“Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3,14-16). Participar del misterio de la cruz, misterio de negación de uno mismo es necesario para dejar sitio a la acción de Dios en nosotros, a las palabras de Dios sobre nosotros, a la persona de Cristo revelarse por medio de nosotros.

¿Cuándo me veo más capaz de seguir al Señor y cuando menos capaz? ¿Sé referir mi vida al misterio de la cruz, o solamente los momentos de gran fracaso y desánimo? ¿Dónde soy consciente de que debo dejar más espacio a la cruz de Cristo para poder decir ciertamente que estoy siguiendo al Señor?

La disponibilidad plena al evangelio se va trabajando desde una relación cotidiana con la Palabra de Dios. La Iglesia nos ofrece cada día, de forma sistemática y ordenada, la lectura de la Palabra de Dios, y nos da la oportunidad de escucharla, no sólo en el silencio de la oración personal, sino también en el ámbito de la celebración litúrgica, donde esta Palabra se reviste de actualidad eclesial y se concreta en la vida de la comunidad. Es un signo de la disponibilidad de Dios hacia nosotros que nuestra madre la Iglesia provea cada día un alimento tan necesario para nosotros, y en la escucha de esa palabra Dios busca por su Espíritu Santo ensanchar nuestra disponibilidad hacia Él y las necesidades del mundo.

En la Acción Católica sabemos bien que la relación diaria con la Palabra de Dios es necesaria para poder llevar la fe a la vida y dejar que esta fe impregne todos nuestros criterios e intenciones, y evitando así que la comodidad amenace nuestros deseos de entrega generosa al Señor. Porque nuestra vivencia de la fe requiere un constante volver a su esencia: Dios pronuncia una palabra sobre nosotros, nos llama, nos propone, crea un horizonte especial para nosotros dentro de nuestra actividad cotidiana, para que nosotros respondamos confiadamente, convencidos de su capacidad para transformar por su amor nuestras relaciones, deseos y cada una de nuestras circunstancias. Ciertamente, en ocasiones esperamos que la Palabra de Dios sea una respuesta inmediata a un problema inmediato, pero sabemos bien que Dios no suele hacer así: el auxilio de Dios se establece en el marco de una relación con su Palabra, relación, diálogo, constante, que no busca tanto soluciones al segundo, tanto como un fuerte vínculo, una confianza, una sabiduría, donde la respuesta fluya adecuadamente, a menudo después de otra preciosa lección: el silencio de Dios. Para crear ese ámbito, la escucha de la Palabra de Dios pide tener un tiempo propio cada día en nuestro horario, como lo tienen otras actividades y tareas.

¿Cuál es ese tiempo de la Palabra en mi vida? ¿En qué ambiente y condiciones recibo esa Palabra cada día? ¿Aprovecho el don de la Palabra que la Iglesia me ofrece, la valoro y escucho con devoción en misa, o la dejo pasar desatendida? ¿Experimento una familiaridad, una cercanía con esa Palabra, que me provoca cada día, o la recibo con dejadez, como mero trámite?

Para que nuestra disponibilidad a la Palabra de Dios y al evangelio sea plena, tenemos que ser conscientes de que esa Palabra que Dios susurra a nuestro oído y a nuestro corazón afecta, en primer lugar, a nuestra inteligencia: es una Palabra sabia, no solamente me conoce, me conoce mejor que yo mismo, comprende mis necesidades y circunstancias, viene en mi auxilio, aunque este no me facilite las cosas sino que, como en tantas ocasiones en la vida de fe, sea complicándonos la vida. Por eso, la docilidad comienza por reconocer que la Palabra del Señor que se pronuncia sobre nuestra vida, aunque nos apabulle, aunque nos desconcierte o no nos resulte fácil de aceptar, es más sabia que toda nuestra sabiduría y merece ser escuchada y acogida.

Precisamente por esto, porque esa voluntad de Dios pide ser acogida, no es solamente la inteligencia la que ha de rendirse al plan de Dios, lo es también la voluntad: quiero lo que Tú quieres, o lo acojo precisamente para quererlo cada día más. Porque en mi voluntad siempre habrá más capricho que en la tuya, en mi voluntad siempre habrá más debilidad que en la tuya. Dios no solamente sabe de nuestra felicidad, la desea intensamente también. Ciertamente, el camino de realizarse no tiene que ser el que necesariamente nosotros hemos razonado con nuestras armas, o preparado durante poco o mucho tiempo, y siempre le podremos encontrar miles de excusas o retrasos, todos convincentes o que mantengan a los demás a distancia de mis decisiones, pero la realidad es que la voluntad de Dios se manifiesta en nuestra vida por un deseo de transparencia, de vivir no a escondidas de los demás, sino mostrando cómo Dios sigue comunicando y mostrando su voluntad sobre el mundo por medio de cada uno de nosotros. La voluntad del hombre es pequeña, y reclama perseverancia: no es cabezonería, es docilidad, que es mucho más duradera y constante, incluso a pesar de la amenaza del pecado. Es Dios quien la fortalece con su Palabra y sus sacramentos nuestra herida voluntad.

*¿Dónde presento yo más resistencia a Dios, en mi inteligencia o en mi voluntad?
¿Cómo las vence Dios? ¿Ante quién muestro plena transparencia? ¿Me doy cuenta de cuándo estoy intentando emplear mis armas para debilitar las de Dios en la Iglesia? ¿Soy agradecido con el auxilio constante del Espíritu Santo que aparece por cualquiera de estos dos caminos para darme unidad y fortaleza?*

Pero está claro que esa plena disponibilidad al evangelio requiere dos condiciones necesarias que son como alas para volar de nuestra disponibilidad a la suya: una es la conciencia de que vivimos en la Iglesia. La Iglesia nos aclara esa Palabra, pero también esa Palabra nos remite a la Iglesia. Nuestra disponibilidad es en la Iglesia y con la Iglesia, es decir, no se le impone a la Iglesia, ella tiene que acogerla, modelarla, ayudarnos a ver en cada momento cómo realizarla. Y esto es muy bueno para nosotros, porque nos evita la tentación de encontrarnos en momentos vencidos por el desánimo, o pensar que estamos solos, que nuestros esfuerzos no son comprendidos o acogidos, que nadie está a nuestro altura en esta entrega que queremos vivir: no, no es así, y cuando pensamos así estamos especialmente necesitados de una buena conversación que nos ponga en realidad, que nos contraste y nos haga ver de la cercanía de la Iglesia, de su deseo de que avancemos unidos “a la manera de un cuerpo orgánico”, de que en la debilidad experimentemos cual es la verdadera fortaleza. Nuestro acierto y entrega dependen también, en cierta medida, de nuestra inserción eclesial.

Y una segunda condición es la conciencia de que, en todo momento de este proceso, en todo momento, aunque Dios se abaje a dialogar con nosotros, aunque quiera compartir lo que sea necesario para animarnos o convencernos, Él está en otro nivel, es una gracia escuchar su Palabra, es un privilegio que venga a mí, y debo tratarlo siempre con temor de Dios, con reverencial escucha, con delicada palabra. Esa sensibilidad es necesaria para acoger bien el diálogo milagroso que se realiza en nuestra vida, por el que nuestras mejores intenciones son elevadas y purificadas por las del Señor, por el que Él convierte nuestra disponibilidad en santidad y evangelización.

¿Cuento con la Iglesia para mis decisiones? ¿Últimamente dónde puedo decir que me he sentido especialmente acompañado o iluminado en ella? ¿Afronto esa relación con realismo, con humilde participación, o desde la vanidad particular ante la pobreza eclesial? ¿Tomo conciencia, en mi oración y diálogo con Dios, de ante quién estoy? ¿Agradezco a Dios su perseverante y activa cercanía conmigo? ¿Cómo actúa sobre mí su Palabra delicada?